

CONSTRUIR LA VIDA CONQUISTAR LA ACEPTACIÓN DE LA MUERTE

PERSPECTIVA FILOSÓFICA DE LA LITERATURA EN ESTANISLAO ZULETA

ALEJANDRO
LÓPEZ
CARMONA

Sólo mediante el arte podemos salir de nosotros mismos, saber lo que ve otro de ese universo que no es el mismo que el nuestro, y cuyos paisajes nos serían tan desconocidos como los que pueda haber en la Luna. Gracias al arte, en vez de ver un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, y tenemos a nuestra disposición tantos mundos como artistas originales hay, unos mundos más diferentes unos de otros que los que giran en el infinito.

Proust, 2001:244

Hacer del amor al pensamiento un elemento constitutivo de una vida que se asombra y se cuestiona ante el mundo es una invitación que encontramos en la obra de Estanislao Zuleta; en ella filosofar la vida, es decir, buscar direcciones plenas de sentido, tejer destinos fundamentados del mejor modo posible en aras de una mejor existencia tanto individual como colectiva, lo podemos tomar como respuesta a ese postulado ético que le era tan caro a Zuleta y que reza que una vida puede hacerse de muchos modos posibles pero no de cualquier manera y que vale la pena arriesgarse por lograr la mejor. Es en este filosofar, en esta búsqueda de destino, que nos percatamos de una cosa: si la vida no tiene una dirección, es porque no tiene un sentido preestablecido, ni único; en otras palabras, que, en tanto sujetos modernos, no venimos al mundo ya hechos y para algo determinado, que la única

alternativa que tenemos es construir la vida como un obrar que se conjuga en reflexivo y en la cotidianidad, es decir, en la labor del día a día, y, según el orden de posibilidades que logremos poner en práctica, vamos labrando nuestro ser. De este modo estamos lanzados a la responsabilidad que implica hacer la propia vida y conquistar los mejores resultados que nuestras capacidades nos deparen, tarea que es necesario asumir con la alta seriedad que una misión única e irrepetible significa.

En este sentido, hacer la vida es elegir unos caminos y descartar otros, y en esta elección nos jugamos los sentidos que podamos alcanzar y que no serán otros que los que nuestro decidir abra o cierre; como toda decisión importante —y esa pasión de vivir que animaba a Zuleta muestra lo importante que para él era— conlleva también el riesgo de equivocarse. Sin embargo, preferimos en muchas ocasiones negarnos a tales elecciones, recurriendo a consejeros o manuales que nos indiquen cómo vivir o, en el peor de los casos, dando por sentado que las cosas son como son y que el rumbo está ya asignado. Pero la literatura, forma de la creación artística que es central en la labor intelectual de Estanislao Zuleta, cobra en esta perspectiva un significado especial: cuando creemos que el mundo está construido tal como debe ser, aparece el arte y en

particular la literatura para mostrarnos que no es así, que el mundo ante todo, si estamos abiertos a la existencia, es un mundo de posibles aún por realizar; pero, como rasgo de su condición trágica, la vida también se encarga de mostrarnos que siempre son más los posibles que los realizados efectivamente. Desde la relación con el arte y la literatura, que son asumidos de manera filosófica, Zuleta reivindica la autonomía de los sujetos como un valor en el camino de construir la propia vida, pues la elección del camino de la existencia compromete al individuo y lo obliga a ser responsable de su decisión. De este modo, podemos afirmar que la invitación de nuestro intelectual va cobrando una forma que podemos enunciar como *hacer de la vida una obra de arte*, esto es, *hacer de la propia vida algo bello, significativo y profundo*; dicho de otra manera, es hacer la mejor vida posible, lo que no significa otra cosa que ponerse a la altura de las posibilidades a las que nos sea dado acceder y en este camino procurar dejar en los otros el recuerdo de una vida honorable. En la perspectiva de Zuleta, el arte y la literatura nos permiten acceder a esos mundos posibles, en tanto los artistas los recrean y nosotros, al reconocerlos, abrimos horizontes para transformar el mundo propio. Sin embargo, en la misma dinámica trágica de la vida, la posibilidad de construir la propia vida no puede tomarse como una

promesa de redención, puesto que no hay garantía de que, una vez hechas las elecciones, el hombre se abra a lo mejor, pues, dentro de las vías que caben, están también las que conducen a los peores mundos.

Por estos motivos, y a través del uso que le da a la literatura para explorar la vida cotidiana y no solo como un encuentro para el placer, Zuleta nos propone una ética que hace de la existencia una estética; es decir, propende por hacer de la vida una obra de arte; sin embargo, un constante filosofar que examine y diagnostique nuestro presente es una condición que se mantiene a lo largo de sus reflexiones en torno a las obras literarias.

El hombre ante la muerte

Un ser que sabe que va a morir: esta definición de lo que es el hombre es considerada por Estanislao Zuleta como pertinente y precisa, pues le ayuda a filosofar lo que es la criatura humana y lo remite a un problema esencial: su temporalidad (Zuleta, 1992: 60). Si el hombre sabe que vive es porque sabe que muere, es decir, reconoce que está vivo porque tiene conciencia de la finitud en la que está inscrito y que esencialmente lo habita. Puesta en esta perspectiva su situación, al hombre no le queda más remedio, si es que efectivamente desea hacer una existencia significativa —una de las invitaciones que Zuleta hacía—, que pensar la muerte; es decir, hacer de ese saber que tiene de ella un punto de apoyo para llevar a cabo la vida en toda la extensión y hondura que le quepa a bien desarrollar a cada uno. Pero hacer efectivo ese saber no es algo que podamos dar por sentado. Es posible que conscientemente nos demos cuenta de que en algún momento la parca llegará sin que esto signifique que le demos un lugar, porque podemos estar parapetados en una concepción de ella —de la que Zuleta nos advierte en su trabajo sobre Tolstoi—, por la cual “la muerte ha sido concebida como un acontecimiento exterior y posterior a la vida, como algo que inevitablemente se

producirá, pero que sin embargo es algo externo y ocasional” (1992: 73). Posicionados en este lugar, teniendo la muerte como algo externo, como algo que prácticamente no tiene que ver con nosotros, es imposible hablar de un saber de la muerte que posibilite pensarla. De alguna manera, cuando asumimos esta forma, que más que de saber es de negación de la muerte, lo que hacemos es expulsar de nuestra vida cualquier mínima referencia que insinúe nuestra finitud, es decir, apareciéndonos la muerte como un “eso” que no tiene que ver con nosotros; la muerte en abstracto puede seguir ahí, sin que aceptemos la propia. Somos incapaces, como le aconteció a Iván Ilich, de posicionarnos en el lugar de Cayo en el famoso silogismo aprendido en su clase de lógica: “Cayo es un hombre; los hombres son mortales; luego Cayo es mortal”. Para el personaje de Tolstoi es perfectamente comprensible que Cayo muriera; era un hombre, luego era mortal. Pero él, proyectando siempre su muerte sobre el afuera, sobre sus propiedades, sobre algo ajeno y no como lo más propio e íntimo, no podía saberse mortal. El problema de Iván Ilich, nos dice Zuleta, es haber considerado siempre la muerte desde un punto de vista abstracto, como ajena, exterior, final y sin relación con el presente, en una falsa oposición vida-muerte, creyendo que una cosa es la vida y otra completamente distinta la muerte, suponiendo libre a la vida de la finitud, por lo que ¿para qué preocuparnos de algo que no tiene que ver con nosotros? (119-121). Por consiguiente, cuando de algún modo se nos insinúa la singularidad de nuestra muerte, la vivimos como algo ajeno. Pero esta posición que niega la muerte se opone a esa otra concepción que será fundamental para comprender el análisis que adelantará Estanislao Zuleta y que, tomada de Heidegger, considera que “la muerte es esencial e interior a la vida: morimos continuamente cuando mueren todos los posibles que ya no podemos efectuar” (120).

Este camino de la muerte es un camino que la integra y se la apropia, generando la posibilidad de una aceptación tanto de ella como de una conciencia de la vida, según la ineludible dialéctica que a este respecto determina al ser humano.

El tema de la muerte en esta perspectiva no tiene nada de depresivo, ni en Zuleta ni en los pensadores en los que se fundamenta para abordar este problema.¹ Es más bien la concepción opuesta la que debilita la vida asumida de espaldas a la muerte, pues, para repetirlo, aceptar la muerte es lo que le confiere a la vida su propia significación, de donde se deduce que no darle lugar a la muerte, lo único que produce es una pérdida de valor de la vida. En este horizonte que estamos trazando, es importante advertir que la significación de una vida no la dan los grandes eventos mediáticos, ni las grandes y supuestas “hazañas que conmueven los cimientos del mundo” y menos aún muchas de las artificialmente construidas gestas contemporáneas que son presentadas como los ideales a los que hay que llegar. Es decir, hacer una vida significativa no es algo que tenga que ver con el anhelo de figurar o alcanzar la fama, valores promovidos por la sociedad contemporánea que hace del espectáculo y del entretenimiento formas propicias para el olvido de sí. Dicho de otra manera, en algunas formas de la cultura actual reina la “avidez de novedades” (Zuleta, 1999, citando a *Ser y tiempo* de Heidegger), esa característica que Heidegger definió como una de las caídas en la inautenticidad, en la que fenómenos como la moda y el consumo constituyen expresiones suyas; del mismo modo, la alta velocidad de innovación que ha alcanzado el desarrollo tecnológico incrementa la presencia de esta característica, lanzando siempre a una vida de vértigo, prisionera de lo inmediato y fugaz e incapaz de detenerse en lo fundamental. Sin embargo, este no es solo un asunto formal de la vida, pues expresa un conjunto de valores, que es el que se promueve como aquello “interesante”, en el

que tenemos que inscribirnos y asumir su lógica y en ella desenvolver la existencia. Pero si interesante, en el sentido que Heidegger le da y al que Zuleta recurre, es “el ser inscrito en aquellas condiciones de las que, en efecto, depende su sentido” (Zuleta, 1999, citando a Heidegger, *¿Qué significa pensar?*), se configura la paradoja de que en nuestro tiempo sea el acontecimiento ruidoso y la alharaca cotidiana, es decir, aquello de lo que no depende nuestro ser en un sentido, lo que hoy se invoca como lo interesante. De esta manera, hacer una vida significativa apunta más bien a una labor singular, o sea, la que a cada uno le compete, labor que pasa por la posibilidad de detenerse en eso aparentemente anodino y que logra conmover profundamente nuestro ser. Como dice Zuleta citando a Freud: “es la muerte precisamente la que hace que cada flor y cada fenómeno efímero de la vida tengan valor y sentido. Lo eterno no sólo sería de un valor inexistente sino que el aburrimiento que produciría no es pensable para el ser humano, cualquiera que fuera la beatitud prometida”.²

Un ser que sabe que va a morir:
esta definición de lo que es el hombre
es considerada por Estanislao Zuleta como
pertinente y precisa, pues le ayuda a
filosofar lo que es la criatura humana y lo
remite a un problema esencial:
su temporalidad.

El saber sobre la muerte es, pues, un saber esencial que se inscribe en la forma misma de hacer la vida, ya que introduce un límite que muestra que el futuro no

estará indefinidamente abierto y en algún momento se cerrará, lo que determina que cada elección cobre especial significación, pues al realizarla se descartan otras vías posibles para hacer la vida. En otras palabras, en cada elección lo que se presenta es una pequeña muerte, pues, digámoslo así, los caminos descartados eran caminos a otros mundos de los que ya jamás se podrá dar cuenta. Cuando le damos su lugar a la muerte en nuestro ser (Zuleta, 1999), las decisiones que asumimos están signadas por la de todo verdadero decidir, esto es, por un elegir que opta por una vía clausurando otras, mientras que si vivimos como si tuviéramos todo el tiempo por delante, como si pudiéramos ensayar una y otra vez, sin importarnos las consecuencias del error, pues “tenemos todas las oportunidades para corregir”, lo que se arriesga es despilfarrar la existencia. Así pues, cada elección constituye una pequeña muerte, ya que cada una de ellas elimina para siempre posibles de nuestro ser, elección-eliminación en la que, finalmente, se juega el sentido de la existencia de cada cual.

A este respecto, Zuleta afirma: “toda vida está hecha, si es una vida realizada, de muchas muertes. En cambio, si es una vida protegida contra la muerte, no se podría distinguir de la muerte misma” (1992: 74). Aparente paradoja: la vida solo se realiza en tanto demos lugar a la muerte, de lo contrario, protegernos de ella, guardar un supuesto yo fijo en una identidad, preservarlo de todo cambio que en esta medida significa destrucción, es negar la vida, porque “ser algo es morir, si uno decide ser algo, excluye muchas otras posibilidades” (Zuleta, s.f., *Dostoievski*: f. 39). En este sentido, una forma de conquistar la aceptación de la muerte es reconocernos en ella, es decir, integrar la muerte, dado que somos una estructura de posibilidades y que esto nos impone asumir que toda elección de nuestro yo conlleva la eliminación de otros tantos posibles yoes que hubieran podido advenir.

El ideal negativo de la felicidad: una forma de oponerse a la estructura de posibilidades

En la perspectiva que nos presenta Estanislao Zuleta, la vida cobra sentido en tanto sabemos de la muerte, es decir, en tanto le demos un lugar efectivo en la forma de vivir nuestra temporalidad, que no es otra que la de enfrentarnos a las elecciones que implica ser seres para la posibilidad. Si no consideramos este aspecto, si no tenemos en cuenta que ante lo que estamos es ante un ser que está siempre en proyecto y en esa medida cargado de anhelos, deseos, carencias y temores, caeremos en esa forma de rechazo al hombre como estructura de posibilidades que es el ideal negativo de la felicidad. Si afirmamos que la aceptación de la muerte se conquista, es porque tendemos a denegarla y no es por se que la hacemos parte de la existencia. Si esta aceptación es conquistable, implica que es perdible y que tras alcanzar una forma de la existencia tendemos a darla por eterna. Hay algo que está implícito en todo proceso de conquista: si emprendemos una lucha por alcanzar un objetivo, es porque este representa algo que no tenemos y deseamos. De esta manera, el hombre, en tanto ser deseante, se reconoce como un ser en falta, y los ideales de algún modo son expresión de ella.³ A diferencia del animal, que es lo que es, el hombre siempre anhela ser otra cosa. En este sentido, el ideal negativo de la felicidad constituye el anhelo de lograr unas condiciones particulares de la existencia. Este nos remite a un tiempo originario (en sentido mítico pero que acostumbramos elevar al rango de verdad) en el que todo era armonía, paz y tranquilidad, “paraíso” del que no debimos salir para caer en este valle de lágrimas que es la vida. De ahí que Zuleta nos advierta sobre los perversos efectos de este tipo de idealización y por eso en el *Elogio de la dificultad* muestra que esta forma de la aspiración no es algo alejado de la cotidianidad sino que, expresada de múltiples maneras, encauza lo que somos en

el día a día. Pero, finalmente, estos paraísos a lo que están invitando es a una vida en la que ya no hay nada por qué luchar, donde todo estaría dado y la “serenidad” al fin sería lograda, una vida sin nada deseable y, por tanto, emblema mismo de la aburrición, el nihilismo y la decadencia (Zuleta, 2006: 98). No obstante, esta forma de idealizar permite vivir de espaldas a la muerte, pues mantiene la ilusión de que algún día habrán de llegar el mundo y la vida verdaderos.

Transitar el camino de la felicidad, bajo la orientación de su ideal negativo, conduce a una concepción dogmática de la vida, pues todas las respuestas estarían dadas y la duda y los cuestionamientos no tendrían lugar en aquel paraíso por venir, paraíso de donde la muerte estará expulsada, pues la fórmula es: paraíso igual vida sin muerte, lo que, mientras llega, anticipamos mediante el expediente de no querer saber de ella. Parodiando a Hamlet, podríamos decir “saber o no saber de la muerte, esa es la cuestión”, que diferencia hacer la vida de una manera honda, significativa y con sentido, a una que simplemente se desliza en el tiempo sin mayores angustias, pero también carente de realizaciones. En esta vía es importante considerar que una manera de oponerse a esa forma de no saber de la muerte que constituye el ideal negativo de la felicidad, está dada por la valoración positiva del conflicto, es decir, concebir la vida como proceso, como lucha en el tiempo, hacer del conflicto un elemento central de la existencia y propender siempre por cualificarlo. Es una valoración del conflicto que no incita a este, sino que reconoce que es constitutivo de los seres humanos y que el verdadero problema radica en construir espacios, tanto sociales como personales, en los que los conflictos pueden manifestarse y desarrollarse “sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del otro” (Zuleta, 2003: 29).

Ahora bien, desde esta valoración positiva del conflicto, que se articula a una

concepción de la vida en la que valoramos el proceso, el momento de la lucha, el esfuerzo y el combate, lo que estamos haciendo es la justificación de la vida por ella misma, sin necesidad de recurrir a razones trascendentales. En este proceso se afirma la vida con todo lo que ella trae consigo, lo que implica hacerse la pregunta ¿quién soy yo? Pregunta que nos convoca a detenernos, a reflexionar. Lógicamente, un interrogante de este tenor acarrea la angustia en tanto lo que está siendo cuestionado es la propia identidad. Mantener presente esta pregunta es una forma de alcanzar la aceptación de la muerte, pues en el proceso de buscar respuestas delineamos nuestro ser por oposición a otras modalidades de este que ya nunca serán realizadas.

La concepción trágica del hombre y su vínculo con el arte

Dijimos al iniciar que la vida no nos está dada de antemano y se impone que cada uno se haga cargo de su propia construcción. Eso visto de otra manera significa que ninguna potencia exterior ha dictado una sentencia e impuesto una dirección para que pudiéramos desenvolver tranquilamente nuestra existencia. Se deduce de esto que, en principio, nos encontramos en el vacío, y solo por nuestra propia capacidad de desear, decidir y actuar vamos dotándola de sentido. Sin embargo, la ausencia de razones trascendentales nos lanza a otra situación que Zuleta va a abordar para mostrarnos la condición trágica a la que es arrojado el hombre. Cuando se presentan dos potencias humanamente justificadas que no pueden lograr una síntesis y nos vemos obligados a elegir entre alguna de las dos, nos encontramos ante una situación trágica (s.f. *Kafka...*: 4); por ejemplo, la oposición entre unos principios de conciencia y unos valores de la sociedad, pero bajo el reconocimiento de que ambos son válidos. Así, por ejemplo, se produce la tragedia cuando acatar la ley es ir en contra de lo que dicta

En la perspectiva que nos presenta Estanislao Zuleta, la vida cobra sentido en tanto sabemos de la muerte, es decir, en tanto le demos un lugar efectivo en la forma de vivir nuestra temporalidad, que no es otra que la de enfrentarnos a las elecciones que implica ser seres para la posibilidad.

la conciencia; y al obedecer lo que dice la conciencia se traiciona lo que la ley ordena.

Aunque nuestro origen sea dogmático (Zuleta: 1997: 18), pues ante el desamparo fundamental en el que nos encontramos al nacer dependemos de seres absolutos que incluso llegamos a considerar como dioses porque de ellos vienen la ley, la lengua, las normas, todo aquello que en principio nos constituye y ordena, es posible alcanzar una posición trágica frente a la vida, siendo esta por lo menos un intento de superar ese origen dogmático, es decir, ese estado de referentes absolutos que, sin dejar lugar a duda, nos dicen qué hacer. Ahora, cuando la decisión no plantea ninguna duda, cuando se sabe lo que se tiene que hacer por dura que sea la acción que se tenga que tomar, cuando hay un criterio absoluto, no hay tragedia y quedamos tristemente eximidos de decidir y, en consecuencia, por fuera de todo juego de opciones trágico. En esta línea, vale la pena señalar que la lucha contra el dogmatismo muestra el vínculo claro que hay entre la concepción trágica del hombre y el arte. Al respecto, cobra validez lo que nos recuerda Luis Antonio Restrepo, al señalar que la lucha contra el dogmatismo es una de las mayores enseñanzas de Zuleta, pues no solo lo enfrentó apoyándose en Platón, Marx, Nietzsche o Freud, sino que lo hizo desde el arte y la literatura. Sus trabajos sobre las grandes obras literarias no obedecen a la forma de crítica tradicional de este género, sino a mostrar que “ellas —las grandes obras— y el arte en general nos ayudan a comprender nuestra situación aquí y ahora”,⁴ y de este modo configuran un campo en el que el lector se interroga por lo que es y por lo que puede llegar a ser,

constituyendo de esta manera un espacio para la construcción del sentido de posibilidades, condición indispensable en la batalla contra el dogmatismo.

De igual forma, el vínculo entre la filosofía y la literatura es directo en Zuleta, por ejemplo, cuando ve muy cercanos a Cervantes y a Descartes, y es el antidogmatismo el punto en el que los relaciona. De ahí que igualmente diga: “Cervantes es para mí una escuela del pensamiento” (Bastidas Urresty, 1990: 99), sentencia que orientó toda su experiencia con la literatura. Así, podemos afirmar, parodiando sus palabras, a la vez asignándoselas como un valor, que para Zuleta la literatura es una escuela del pensamiento. Reconocernos como una estructura de posibilidades significa vivir contando con nuestros límites en la tarea de dotarnos de sentido, pero, por otro lado, también significa abrir una puerta para asumir la concepción trágica de la existencia; es decir, no solo reconocer muchos caminos posibles, sino entender que varios de ellos pueden ser al mismo tiempo esenciales, válidos y sin embargo opuestos. Ahora bien, igual que para posicionarnos ante la muerte y conquistar la aceptación de ella tenemos que enfrentar una fuerte lucha, para asumir la concepción trágica de la existencia, la batalla no es menor. Para hacerse al sentido trágico de la existencia, el ideal negativo se convierte en un obstáculo a vencer, y el arte y la literatura, en tanto nos permiten construir espacios que le den lugar a un *entusiasmo significativo* (uso esta expresión para contraponerla a la de entusiasmo vacío que propone Zuleta y que define como un entusiasmo por una causa a la que no se le puede aportar nada y en su realización

tampoco le aporta nada al sujeto que se ha entusiasmado con ella), constituyen aportes para derrotar ese ideal. En esta línea, arte y literatura se convierten en entusiasmos significativos porque proporcionan un espacio en el cual morar, preguntar, detenerse y pensar se tornan interesantes, pues le dan lugar a problemas cuyo sentido nos concierne de manera fundamental.

No se trata de que Zuleta niegue la posibilidad de la felicidad o como una aspiración legítima del ser humano. Por el contrario, llega a afirmar que se hace necesario realizar una vida en la que la felicidad esté presente, pero él supera esa concepción que plantea que la felicidad está al final, reconociendo más bien que está dada en la lucha por una vida significativa.⁵ En el arte, la afirmación misma de la vida pasa por la afirmación de esta en toda su dimensión trágica; ¿quién más libre que un artista, capaz de identificarse con su arte, de amarlo en todas las formas que le propone y de respetarlo hasta transgredir la tradición que lo formó para atreverse a explorar nuevos mundos? De ahí que digamos que el arte es terreno en el que la concepción trágica de la vida cobra toda su expresión. A propósito de esta vivencia trágica que el arte depara, vale la pena que escuchemos lo que al respecto dice Zuleta de la sociedad griega y su relación de producción artística: “la tragedia griega es la existencia griega, la falta de un Corán, de una Biblia, de un testamento, de un Rig-Veda. Su religión está expuesta por los poetas y cualquiera puede hacer una versión, de cualquier mito, pero no por una casta sacerdotal; por los poetas, por Hesíodo, por Homero. Eso hace que el hombre sea trágico y sea consciente de su tragedia” (Bastidas Urresty, 1990: 99). De esta manera, una relación cercana con los poetas, y con los artistas en general, nos permite afirmar la vida y valorarla positivamente sin desconocer sus inevitables desgarramientos. El valor del pensador está relacionado con la capacidad que tenga de soportar la verdad, radicando aquí el

sentido trágico de su existencia; ahora bien, el sentido trágico de la existencia lo vemos aparecer también en la imagen del artista, esta vez ligado a su capacidad de soportar los nuevos mundos que él, en la insaciable persecución de sentido que realiza a través de la exploración que su arte le implica, alcanza a construir. ■

Alejandro López Carmona (Colombia)

Miembro fundador y director ejecutivo de la Corporación Cultural ESTANISLAO ZULETA. Economista de la Universidad Nacional, con maestría en Historia de las ciencias y los saberes.

Referencias

- Bastidas Urresty, Edgar (1990). *Meditaciones*, Medellín: Testimonio.
- Proust, Marcel (2001). *En busca del tiempo perdido*, t. VII. *El tiempo recobrado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zuleta, Estanislao (s.f.). Dostoievski, Documento sin editar, Universidad de Antioquia, Archivos personales.
- (s.f.). *Kafka, consideraciones breves sobre la lectura*, Universidad de Antioquia, Archivos personales.
- (1992). *La propiedad, el matrimonio y la muerte en Tolstoi*. Cali: Ediciones Prensa Colombiana.
- (1997). *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.
- (1999). A la memoria de Martín Heidegger, *Revista Facultad de Ciencias Humanas*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, N.º 2, pp. 245-264.
- (2003), *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*, 3.ª ed., Medellín: Hombre Nuevo Editores, Fundación Estanislao Zuleta.
- (2006), *Comentarios a Así hablaba Zaratustra*, Medellín: Hombre Nuevo Editores.

Notas

¹ Solo hemos mencionado a Tolstoi o Heidegger, pero en sus reflexiones sobre Platón, Nietzsche y Freud también encontramos elementos que aportan de manera decidida a este tema.

² Cfr. Sigmund Freud, en ese bello ensayo titulado “Lo percedero”.

³ Zuleta define el ideal como aquello que, aunque no es realizable totalmente, constituye un horizonte para la acción y un referente para las decisiones que tomamos cuando vamos construyendo la vida. Cfr. *Arte y filosofía*, p. 50.

⁴ Cfr. Zuleta, Estanislao. *Arte y filosofía*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2007, p. 11.

⁵ Cfr. Zuleta, Estanislao. *Ciencias Naturales y Ciencias Sociales*, Editorial FICA, Bogotá: 2003, p. 62.